



"Fig. 1.— M. Dussaud y el joven sordo-mudo aplicando a su oído el audífono telefónico. El aparato no funciona y el semblante del sordo-mudo tiene su expresión de tristeza habitual."



"Fig. 2.— Reproducción de una fotografía instantánea tomada mientras el aparato toca la Marsellesa. El semblante del sordo-mudo se alegra y el oyente marca el compás."

1897, n.º 793, p. 174.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He prometido en mi pasada crónica responder á una carta de índole literaria que me escriben desde esa Barcelona tan intelectual, en que tanto se lee y se digiere tan bien lo leído; y lo hago con gusto, como siempre que se dirigen á mí personas que demuestran interesarse en estas cuestiones, halagando así la pacífica manía de los que las tenemos por importantes y nos pasamos la vida curioseándolas.

Trátase en la carta á que me refiero, y que viene firmada por el Sr. Ignacio Genover, del ya asendereado epigrama que Ventura de la Vega disparó contra D. Manuel Bretón de los Herreros en ocasión de no querer éste prestarle unos duros con que pensaba solucionar, como ahora dicen, no sé qué conflictos económicos. Recordarán mis consecuentes lectores que desde América me escribía el Sr. Venegas para advertirme que ese epigrama no era de Vega, sino traducción literal del poeta francés La Martinière (un vate algo menor que Lamartine). Publiqué muy gustosa esta advertencia sin extrañar el hecho denunciado, que es frequentísimo en las letras españolas; las cuales, desde fines del para nosotros venturoso siglo XVII, último de nuestro esplendor y poderío, han dejado de dominar é influir, y son poderosamente influidas y dominadas. Mas para consuelo del amor propio nacional, el Sr. Genover me recuerda que á su vez La Martinière tomó este epigrama de un poeta de la Antología griega. Lo admito sin vacilar, y no acoto la cita, según las indicaciones del Sr. Genover, porque tengo ese libro y otros muchísimos en cajones clavados, esperando la hora en que á mi reducida estantería de la Granja de Meirás suceda una desahogada biblioteca en el Pazo, que está construyéndose. ¡Ah! Los que conocen la vida contemporánea saben bien qué problema representan en ella los libros. Nada requiere tan buena y cómoda colocación, tan á mano, tan fácil y ordenada, si se ha de beneficiar la lectura; porque tener los libros amontonados y revueltos equivale á no tenerlos; y nada ocupa más espacio, un espacio casi incompatible con la estrechez y penuria de las viviendas — aun las que pasan por buenas en las grandes capitales. — En Madrid vieiras las casas de todos los estudiosos que no poseen una quinta ó un caserón de provincia donde almacenar y acomodar libros; vieiras, digo, esas casas recargadas por todas partes de estantes y tableros, aprovechando pasillos, antesalas, los menores rincones y dependencias donde es posible colgar una tabla abrumada de papel impreso. Las moradas de D. Juan Valera, D. Juan Facundo Riaño, Emilio Castelar y otros «amigos de la letra de imprenta», me recuerdan siempre el caso de aquel estafalario, Tomás Quincey, que alquilaba una casa é iba metiendo y apilando en ella libros y más libros, folletos y más folletos, papeles y más papeles, hasta que ya sólo quedaban para el tránsito por entre los rimeros de papelería unos senderitos angostos, por los cuales no cabía una persona corpulenta, y había que escurrirse y deslizarse como un reptil y de costado. Así que estos mismos senderos se rellenaban también, Quincey se declaraba *snorred up* (nevado, sepultado bajo la nieve del papel), y bonitamente echaba la llave á la casa y alquilaba otra, también para rellenarla y abandonarla así que la viese hasta los topes. Siéndome imposible emplear el costoso sistema de Quincey, y teniendo bien puesto el vicio de los libros; viendo crecer de un modo terrorífico mi fondo de biblioteca y soñando con alojarla de un modo conveniente algún día, por hoy la guardo en gran parte prisionera en jaulas, que es lo propio que si no la poseyese. Por tan plausible razón no consulto la edición de la *Biblioteca Universal* á que se refiere el Sr. Genover; y repito que creo, á estilo del boticario, «como si lo viera», que el consabido epigrama se remonta á Grecia, y que allí lo cazó La Martinière. Porque es caso muy general que al investigar el origen de las obras literarias se les encuentre numerosa ascendencia y descendencia no menos abundante; como sucede á este epigrama de la culebra, serpiente ó víbora que reventó con el veneno absorbido al picar al literato. El Sr. Genover saca á luz, además del ascendiente, el descendiente del epigrama; y es otro epigrama de Voltaire contra Fréron, que habré leído lo menos dos ó tres veces, porque otras tantas he recorrido de cabo á rabo al «patriarca de Ferrey», el cual, como escritor, cada día me encanta más por la viril sencillez y tersura de su prosa — al paso que me cansan el lirismo y la afeminación de Rousseau. — No estaba, sin embargo, presente á mi memoria el epigrama, que casi palabra por palabra tradujo Ventura de la Vega aplicándolo al autor de *Marcela*:

L'antre jour, au fond d'un vallon,  
un serpent mordit Jean Fréron:  
¿que pensez vous qu'il arriva?  
Ce fut le serpent qui creva.

\* \*

Es bien cierto el dicho de Brunetiere; que el autor más original, aunque haya escrito cien volúmenes, sólo tiene uno ó parte de él que le pertenezca, que sea suyo y nada más que suyo. Casi siempre que apuramos una genealogía literaria comprobamos esta verdad. Hace algunos años publiqué en *El Liberal* un cuento, y á pesar de haber advertido que estaba tomado de una colección de cuentos chinos, hubo quien advirtió que era de Voltaire. Insistí en que ni era de Voltaire ni mío más que por la respectiva redacción, y que el asunto se encontraba originariamente en los susodichos cuentos chinos, recogidos por los misioneros y los padres jesuitas; y como estos escarceos son divertidos, anuncié que iba á publicar otro cuento y ofrecí un insignificante premio al que dijese de qué autor *español* había tomado su asunto. Salió el cuento, titulado *La hierba milagrosa*, y llovieron sobre mi escritorio cartas citando los varios autores, extranjeros y españoles, donde existen redacciones más ó menos variadas de su argumento. Nadie acertó, sin embargo, con el autor español donde yo lo había encontrado, en un parralillo: este autor era Luis Vives, en su *Institución de la mujer cristiana*. Pero de la disquisición saqué en limpio que apenas existe cuento sentencioso, moral ó fantástico que no se halle en veinte ó treinta autores, los cuales se lo pasan de mano en mano como el cucurcho de papel, y no tienen más cuidado que transmitirlo encendido, es decir, en bello estilo y con redacción y sentimiento personal. Y es digno de notarse que muchos cuentos vulgares, al través de los anillos de esa cadena, llegan á ser joyas — como sucedió á la regocijada historieta del *Corregidor y la Molinera*, que tan castizo y artístico sello adquirió pasando á la pluma de Alarcón desde el inagotable fondo del *folklore* ó sabiduría popular.

\* \*

El pueblo es la cantera donde yace en bloque, en compacto y denso bloque, no sólo la materia literaria y estética, sino los sentimientos y las pasiones. Ved ese episodio de Madrid, ese doble suicidio, repetido casi en las mismas circunstancias con tres años de intervalo. Al lado de esta trágica escena, ¡qué mezquinas parecen nuestras preocupaciones literarias, qué pigmeas las luchas políticas, qué bajas las aspiraciones positivistas de los que quieren abrazar los bienes terrenales, como si hubiesen de poseerlos por una eternidad!

Esos enamorados de Madrid, en quien alguien ha querido ver la prueba de la supervivencia del romanticismo, son la prueba de su cursi anemia. Cambian los ideales artísticos, pero no cambian los puramente humanos; y esa pareja que Dante hizo girar en la *bufera* de su Infierno, arrastrada y prolongando por los siglos de los siglos su abrazo desesperado y esté-

ril, aparece á cada vuelta de la rueda del tiempo, como para decirnos que hay algo que no varía á merced de las distintas civilizaciones y los diversísimos estados de la colectividad. He oído calificar de muy distinta manera el suicidio del Romeo y la Julieta madrileños; y claro es que las calificaciones dependen del punto de vista en que se coloca el censor. La Iglesia nos enseña que el suicidio es un pecado mortal; la ciencia lo considera consecuencia de un estado patológico; la filosofía entiende que lo determina una perturbación de la razón; el egoísta, metido en su concha de tortuga, se encoge de hombros ó se ríe de que haya quien deje esta vida por su gusto; el moralista truena contra esa violenta substracción al deber social; y todos tienen razón desde su cátedra ó desde su ventanillo; pero el artista, desde su nube, desde el mirador del alcázar de sus sueños, la tiene también cuando exclama: «¡Hermosa tragedia!», y, pensativo, afila el lápiz ó enristra la pluma...

Ni combinada por un dramaturgo insigne sería la tragedia más completa, sentida y rica en detalles que le prestan interés. Escenas, pocas: una de amoroso idilio, otra de muerte. ¡Pero con qué exactitud y rigor se cumplió el programa trazado de antemano por los novios! ¡Qué lejos estuvieron de vacilar, de temer, de hacer alharacas y remilgos; qué entereza, qué decisión estoica en esa niña de diez y seis años y ese mozo de veinte! ¡Con cuánta serenidad se ataron y enlazaron para que no los desuniesen y separasen ni las convulsiones de la agonía! ¡Con qué sonriente y tierna aquiescencia presentó ella la sien al cañón de la pistola, como presentaría la mejilla al beso! ¡Con qué energía é instantaneidad envió él la muerte ofrecida y se dió la propia, deseoso de llegar á la inexplorada costa al mismo tiempo que su amante; de no hacerse esperar ni un segundo en las tristes playas de la muerte!

Hay una novela de Pablo Bourget, *El discípulo*, donde se estudia un caso de la enfermedad moral dominante en estos últimos años del siglo, que es una especie de parálisis de la voluntad. El héroe de la novela, pervertido por las doctrinas del filósofo Adriano Sixto, mortificado en su orgullo y en su amor propio por su inferioridad social, se propone seducir á una señorita de noble familia, y lo consigue, con la promesa de que morirán juntos bebiendo un veneno. Pero llegado el momento de expiar con tan terrible castigo el extravío amoroso, el joven discípulo del determinista Sixto no encuentra en su alma fuerzas para el sacrificio, y entonces la señorita, indignada y despreciándole, se da la muerte ella sola. La idea de Bourget — que la civilización, el refinamiento y el abuso del análisis quitan el vigor de la acción y matan el heroísmo natural — parecería demostrada por el doble suicidio de Madrid, si no recordásemos que casos parecidos han tenido por actores á príncipes reales, herederos de una doble corona.

El caso de Madrid, de todos modos, merece un lugar especial en la estadística de estos sucesos, más frecuentes de lo que se cree. La edad de la Julieta, diez y seis años, una edad de adolescente que es una sonrisa; la del Romeo, veinte, un poema de juventud y de esperanzas; las cartas que proclamaban á la vez su felicidad, su gozo en la tumba, su espiritualismo en el ruego de ser enterrados juntos, y por último, el típico motín de cigarreras, gracias al cual pudo realizarse este deseo, y los huesos de los dos amantes se ven reunidos en la misma sepultura, apoteosis final digna del pueblo de D. Juan Tenorio, donde hay un Dios de clemencia y una teología y una casuística propias de tan soñadora religión..., todo esto compone un suceso real demasiado bonito, inverosímil, como lo parecen á primera vista ciertos dramas de la verdad. La verdad no sufre competencias cuando se resuelve á hacer arte; la verdad es el poeta más inspirado, el dramaturgo más fecundo en peripecias, el historiador más rico de doctrina, el novelista más interesante y que menos «se cae de las manos», y por eso yo disculpo á los aficionados á saber vidas ajenas; porque cada vida, ajena ó propia, puede contener un mundo de enseñanza y de hermosura, y la curiosidad tiene la llave de ese misterioso mundo.

Los periódicos, con motivo del doble suicidio y del entierro de los amantes, han elogiado á las cigarreras. A mí no me sorprende nada bueno ni heroico de cuanto hagan estas mujeres generosísimas, á quienes tuve ocasión de ver muy de cerca durante más de un mes en la Fábrica de Tabacos de mi pueblo. Son el desinterés en persona. ¡Pobres jornaleras, que podrían amotinarse por mil motivos egoístas, por más salario, por consignas, por la incomodidad é insalubridad de los talleres..., y sólo se alborotan y encrespan por una poesía, por una estrofa — por reunir en el sepulcro á Julieta y Romeo!

EMILIA PARDO BAZÁN